

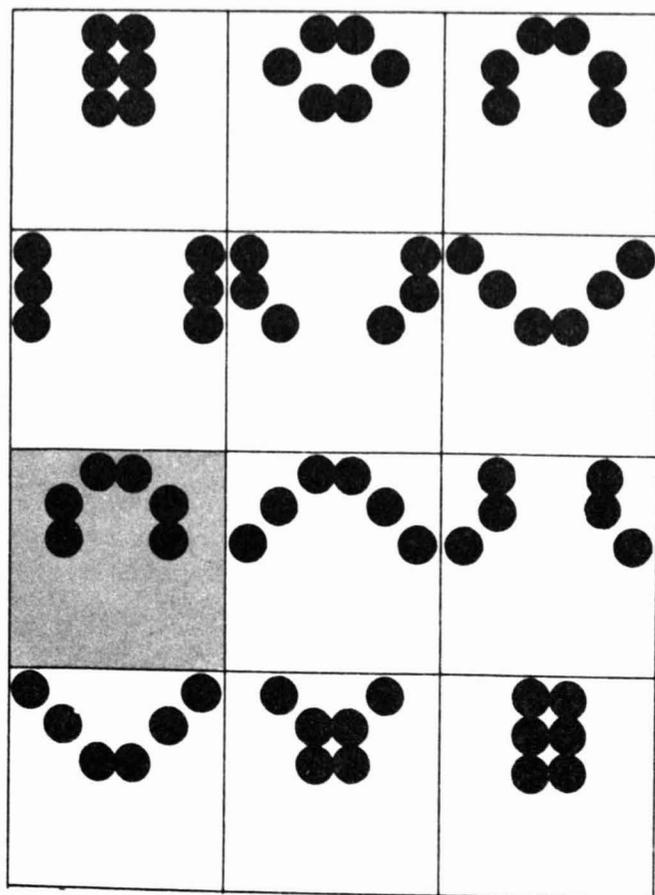
Francisco Hinojosa

Las editoriales marginales en México (1975-1978)

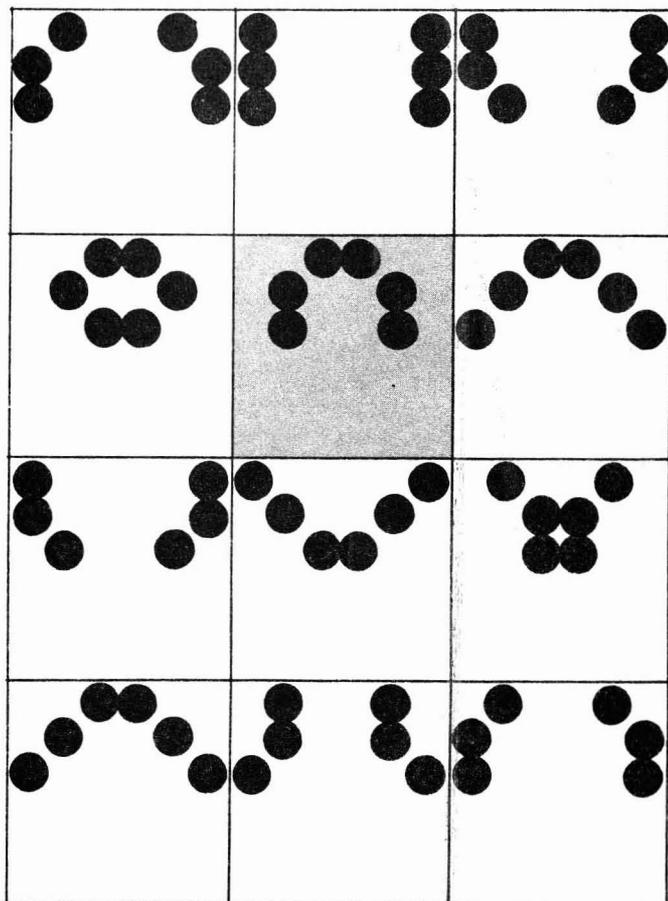
En nuestro país, como en todos aquellos en los que la lectura es aún un objeto lujoso y distante, muchas de las grandes casas editoriales dedicadas a publicar textos literarios subsisten gracias a los derechos sobre unos cuantos libros que, después de un buen tiempo, tienen éxito, entran a formar parte de las listas de libros más vendidos, se les exporta y, con suerte, hasta se les traduce o incluye en los programas de estudio oficiales. Fuera de esos cuantos títulos, los editores lanzan al mercado otras obras que no pasan de un tiraje de 1000 o 2000 ejemplares, de los cuales, al cabo de diez años, la mitad no ha podido salir todavía de las bodegas y la otra mitad —ligeramente desequilibrada— está escondida y empolvada en las librerías. Las editoriales subsidiadas, como ha demostrado Gabriel Zaid en varias ocasiones, son insuficientes para cubrir la elevada producción literaria. El obstáculo es inminente: si la población lectora es tan reducida, editar obras de autores nuevos o no comerciales resulta un lujo que nuestra economía no puede subsanar con facilidad. Si *los libros son cultura*, como rezan todas las campañas publicitarias comerciales y gubernamentales, los libros y la cultura en nuestro país no son otros que los clásicos universales y mexicanos, antiguos y modernos —no pueden ser otros. Las ediciones populares creadas y promovidas por Vasconcelos en la década

de los veinte, fueron un proyecto de gran importancia para el incremento de una naciente industria editorial en México. Junto a estas ediciones surgieron las de *Cultura* y luego las de *Nueva Cultura* para dar cabida a los autores contemporáneos mexicanos y extranjeros (allí se publicaron por primera vez muchos textos de Gorostiza, Villaurrutia, Caso, Reyes, entre otros, y se tradujeron obras de Wilde, Gide, Valéry, Schwob, etc.). Sin embargo, lo que entonces formaba parte de una campaña cultural tendiente a extender la lectura a capas más amplias de la población, ahora —con ligeros cambios— nos abocamos a repetirla y no a continuarla: desde Homero hasta Shakespeare y Flaubert, desde Bernal Díaz hasta Fernández de Lizardi y Acuña, encontramos las obras de estos autores en ediciones de todo tipo, de lujo y populares, ilustradas, resumidas, bilingües, anotadas, facsimilares e incluso fotonoveladas. Pero, aun así, no son muchos los títulos que han alcanzado ese exceso. ¿Cuántos clásicos no se han editado (o reeditado cuando los ejemplares se agotaron años atrás) o traducido? Aunque insuficientemente, esas lagunas las llenan las editoriales españolas o argentinas. Mientras, aquí nos dedicamos a traducir una vez más *La metamorfosis* de Kafka o a ilustrar con grabados apócrifos de Doré la obra poética de Sor Juana. Sin embargo, el sustento de la industria editorial no es precisamente éste. Los productos que en última instancia compiten en el mercado son los *best sellers*, los manuales de educación sexual, las novelas rosas y rojas y, hasta después, el libro-cultural.

En este contexto, las editoriales mexicanas que publican literatura joven asumen por principio una condición marginal. Entre los sellos editoriales más importantes, Joaquín Mortiz, Era y, en menor medida, Siglo XXI, el Fondo de Cultura Económica y la Universidad Nacional publican libros de autores mexicanos inéditos, jóvenes o con un previsible círculo de lectores limitado. El panorama editorial deja entrever así algunas posibilidades de publicación para los nuevos escritores. Pero, por supuesto, no son suficientes para cubrir el desmesurado número de poetas y narradores que acuden con sus obras a las editoriales. Una última alternativa son las ediciones costeadas por el autor y las colecciones de libros y plaquettes promovidas por grupos y talleres literarios. Una última alternativa que implica los mismos problemas, aunque agudizados, de financiamiento y limitación de lectores. Las llamadas editoriales marginales pertenecerían, entonces, a un espacio de marginalidad elevada al cuadrado. Las dificultades, evidentemente, tienen que ser mayores. Al tiempo que aumenta el entusiasmo por publicar sus propios libros, estos editores poetas se enfrentan necesariamente a los problemas que la tradición no ha dejado de recordarnos: el financiamiento, la distribución y las ventas cortan ese entusiasmo, las más de las veces, en menos de un año, después de un par de publicaciones. Ya sea en



forma de libros, plaquettes, revistas, trípticos, volantes mimeografiados u hojas sueltas, ya sea en offset o en imprentas rudimentarias, las ediciones aumentan año con año, nacen y mueren con esa misma eventualidad del poeta metido a editor. Las historias de la literatura proveen un apartado importante dedicado a esta labor autopromocional de los escritores. La mayoría de los nombres que llenan sus páginas han aparecido en las mesas de redacción, los índices de la revistas o las listas de libros publicados por alguna de esas editoriales. Los intentos que ha habido en México en este siglo serían incontables. Al lado de las publicaciones literarias más importantes, oficiales o no (*El hijo pródigo*, *Contemporáneos*, *Abside*, *Taller*, *Revista mexicana de literatura*, *Estaciones*, *Revista de la Universidad*, *Cuadernos del viento*, etc.) aparecen tentativas más modestas y efímeras (cito al azar): *Mester*, *El corno emplumado*, *El rehilete*, *Correspondencia*, *Rueca*, *Pájaro Cascabel*, etc., etc., etc. Estas revistas y ediciones —casi siempre ligadas a un mismo grupo editor— que en su momento fueron hechas para la lectura de unos cuantos amigos y otros tantos enemigos, publicaron por primera vez muchos de los textos que conforman nuestra tradición literaria más reciente.



¿Qué sentido espiritual falta al mexicano que, cuando se ve enjuiciado con desinterés en alguna actividad, prefiere sentirse perseguido? ¿Acaso la ausencia de una crítica sistemática y coherente, objetiva y desinteresada, lo ha colocado en el peligro extremo de no resistir ninguna advertencia, ninguna censura bien intencionadas?

Xavier Villaurrutia. (1944).

En los últimos años este entusiasmo se ha manifestado con una intensidad igualmente creadora. Un recuento de revistas publicadas en la década de los setentas sería trabajo para un arqueólogo desvelado que recorriera la República en busca de los especímenes más subterráneos. Las editoriales, aunque en menor número, son también muchas. En este breve comentario sólo hablaré de las más importantes —por sus proyectos, su calidad y su continuidad— aparecidas en los últimos tres años.

El proceso de publicación casi siempre es el mismo. Los autores agrupados alrededor de una revista o un taller editan sus propios libros, en alguna ocasión piden un volumen a un escritor ya conocido o traducen algún inédito en español, y en contadas excepciones aceptan los originales de un escritor ajeno al grupo. Los editores independientes, por otro lado, reúnen bajo el sello de una colección textos de autores también independientes. Cuando el libro es aceptado para su publicación, los autores pagan el costo de la edición, salvo casos singulares en los que hay un patrocinador.

La máquina de escribir, creada y animada por Federico Campbell, es con toda seguridad la colección de plaquetes más fecunda de los últimos años. Desde febrero de 1977 hasta agosto de 1978, se han publicado bajo este sello 19 textos de prosa y poesía de autores jóvenes. En un formato pequeño que varía entre 16 y 56 páginas, impresas en offset, con un diseño, papel y portada modestos, las "máquinas" publicadas hasta el momento reúnen a muchos de los poetas y prosistas más reconocidos por la crítica, las publicaciones periódicas, las becas y los premios literarios más recientes. Entre otros, habría que destacar los nombres de Jorge Aguilar Mora, David Huerta, Evodio Escalante, Esther Seligson, Adolfo Castañón, Federico Campbell, Coral Bracho, Ricardo Yáñez, Carmen Boullosa, Juan Villoro y Rosario Ferré. El grupo, cada vez más extenso, que respalda con material nuevo y juicios de lectura la labor editorial, ha descuidado mínimamente la calidad de los textos publicados. Habría que lamentar solamente la ausencia de crítica puesto que estaba contemplada entre sus planes; el único ensayo que se había anunciado tuvo que ser borrado de la lista. Hasta ahora, la distribución se

limita a unas cuantas librerías, el correo y, principalmente, a la circulación de mano en mano. Como las ediciones se agotan en unos cuantos meses, han pensado en reeditar los primeros títulos. Entre los proyectos de *La máquina de escribir* está la creación de una serie dedicada a la traducción de textos importantes, inéditos en español, que han relegado a la indiferencia las grandes casas editoriales.

Una empresa que requiere un trabajo de otra índole es la realizada por Juan Pascoe, desde 1974, en el *Taller Martín Pescador*. Las ediciones, hechas en una vieja casona de Mixcoac, siguen el procedimiento de las prensas planas (*Washington press*) del siglo pasado. Una labor realizada con ese mismo espíritu que animara al matrimonio Woolf a trabajar, en el comedor de su casa, en las ediciones que conformarían la Hogarth Press. El maestro de Pascoe había sido editor en la Segunda Guerra de Williams Carlos Williams, Robert Lowell, Wallace Stevens, Alain Tate, Marianne Moore, etc. Todo hecho a mano, desde la armada de los tipos y el entintado hasta la encuadernación. Los tirajes, consecuentemente, se limitan a muy pocos ejemplares (entre 150 y 300, según el formato, el número de pliegos, etc.). Cada libro es distinto. Aunque con sólo dos fuentes tipográficas, los libros varían en el tamaño, el tipo de papel, la encuadernación, algunos incluyen grabados, otros combinaciones de tintas. Hasta el momento *Martín Pescador* ha publicado 8 plaquettes, todas de poesía. Roberto Bolaño, quizás el mejor autor del grupo infrarrealista, toma de Rimbaud el título de su libro: *Reinventar el amor*, un extenso poema dividido en nueve partes. De Verónica Volkow, se edita un texto que intenta recuperar la voz en las cavernas de la sibila de Cumas. Francisco Segovia entrega dos poemas: "Lavandera", publicado anteriormente en el antiguo *Plural*, y "Triptico"; la edición de lujo (valga aquí la redundancia) lleva en las páginas interiores un grabado en cobre de Vlady. *La memoria vacía*, de Carmen Boulosa, es un texto que vuelve la mirada (poética) hacia los orígenes, hacia la búsqueda de un centro fundador de la autora. De Efraín Huerta, Pascoe nos ofrece un pequeño libro *ad hoc* con los

Mucho más difícil es hacer entrar en este sistema de eliminación a ciertos zorros de las letras que no carecen de cultura, capacidad para hacer labor seria, pero que cargan con el terrible complejo de inferioridad del megalómano que no puede llegar a donde ha aspirado: los que no pudiendo ser figuras en música, en pintura, en teatro, en novela o en poesía, sientan plaza de críticos a menudo en las mismas disciplinas en que han fracasado.

Mariano Azuela. (1948)

50 nuevos poemínimos del autor. En prensa, el *Taller Martín Pescador* procesa un libro de Tomás Segovia,* *Cuaderno del nómada*, y un poema de Víctor Serge.

La máquina eléctrica, corresponsal de *Latitudes Press* (Austin, Texas), *Prickly Pear Press* (Dallas, Texas) y *Mele* (Honolulu, Hawaii), es una labor impulsada por un grupo que se ha ido modificando poco a poco; figuran como editores los nombres de Carlos Isla, Raúl Renán, Guillermo Fernández, Miguel Flores Ramírez y Francisco Hernández. Como su nombre lo indica, los libros editados por *La máquina eléctrica* siguen los procesos de impresión IBM. Sus propósitos son "difundir primeros libros de nuevos poetas y libros breves de poetas reconocidos" y promover en México el "libro barato" (*Chapbook*). Publicados a partir de marzo de 1976, las plaquettes llegan a una docena seriada alfabéticamente, en un tiraje de 500 ejemplares numerados y firmados. Las mejores colecciones de poemas pertenecen a Francisco Hernández (*Portarretratos*), Raúl Renán (*Lámparas oscuras*) y Ernesto Trejo (*Instrucciones y señales*), además de una *Antología de la joven poesía rumana* a cargo del poeta y ensayista Darie Novaceanu.

Eduardo Langagne, Mario Alberto Mejía e Isabel Quiñonez forman el consejo de redacción que publica *El oso hormiguero*, título tomado del libro de Antonio Cisneros *Canto ceremonial contra un oso hormiguero*. A partir de octubre de 1977, se han editado cuatro pequeños cuadercillos antológicos de escasas 10 páginas. Hasta ahora sólo de autores extranjeros: dos colecciones de poemas del peruano Antonio Cisneros y del argentino Jorge Bocanera, *Exilios* del uruguayo Saúl Ibargoyen Islas y 30 *Cármenes* de Catulo en traducción de Julio Valle-Castillo.

Entre otras editoriales más habría que mencionar *Cuadernos de estraza* (publicados por Antonio Castañeda), *Colección imaginaria* (editada en París por Mariano Flores Castro), *Colección El ciervo herido* (dirigida por Ricardo Yáñez con la participación del Centro para el Estudio del Folclor Latinoamericano, A.C.), *Ediciones El mendrugo* (creadas por Elena Jordana y publicadas en Nueva York, Buenos Aires y México), *Cuadernos del caballo verde* (dirigidos por Luis Arturo Ramos y patrocinados por la Universidad Veracruzana) y Editorial Hyperión. Habría que añadir también las ediciones privadas y las colecciones que llegaron sólo a publicar un libro. Este breve repaso da cuenta únicamente del vertiginoso movimiento de las letras jóvenes en México, del supuesto movimiento marginal de nuestra literatura actual. Desde hace tres años se han publicado más de un centenar de libros y plaquettes en las llamadas editoriales marginales. Muchos de los textos ahí publicados encontrarán seguramente un futuro reeditor que no supo leer, en su momento, los originales acumulados en un archivo.

* (*Cuaderno del nómada* se encuentra ya a la venta).